

JUNIO

EVANGELIOS DOMINICALES Y CELEBRACIONES DE IGLESIA

Familia, vive la Palabra de Dios
Domingo 4 de junio de 2023. Santísima Trinidad

Santo Evangelio según San Juan 3, 16-18

En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo:
Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna.

Dios no envió su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de Él. El que cree en Él no será condenado; por el contrario, el que no cree en Él, ya está condenado por no haber creído en el Hijo único de Dios.



Una reflexión para la vida de familia

“Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna”, este versículo es uno de los más conocidos y citados de la Biblia. Resume de forma breve y clara la relación que tiene Dios con nosotros, su amor por su mayor creación, y el camino que debemos seguir para nuestra salvación.

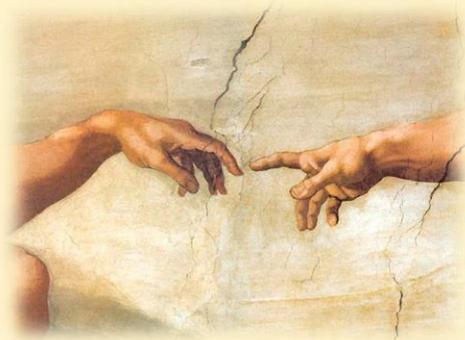
La oración: *“Tanto amó Dios al mundo”* expresa el énfasis que el apóstol desea recalcar sobre la magnitud con la que Dios nos ama, pues no existe nadie que lo pueda hacer como Él, su amor grandioso, excelso, incomparable, incondicional, infalible, eterno. El amor de Dios no falla, es completamente perfecto. Tanto amó Dios al Mundo, lo ama y le amará eternamente, pues la Creación entera, el universo, la naturaleza, el hombre, son obra de su omnipotencia y del Amor que siente por todo lo que ha creado, como fuente de gozo para nosotros, los seres humanos que habitamos la Tierra.

Pero no solo nos ha puesto lo creado para nuestro disfrute y cuidado, también nos creó según su imagen y semejanza: *“Hagamos a los seres humanos a nuestra imagen, según nuestra semejanza”* (Gen 1,26), vale decir con una parte de nuestro ser que tiene una base espiritual y nos dio los medios para satisfacer y dar respuesta a esa espiritualidad claramente expresada en las bienaventuranzas (Mt 5,3-11).

Dios tenía planeado para nosotros que viviéramos eternamente en la Tierra, un paraíso, y puso como condición a la primera pareja humana creada por Él, que le obedecieran, de otra forma morirían (Gn 2,17). Sin embargo, el primer hombre, Adán, se reveló y

desafiando la autoridad de su creador desobedeció conduciendo de esta forma a sus descendientes a la muerte por medio del pecado, *“así pues, por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y con el pecado la muerte; y como todos los hombres pecaron, a todos llegó la muerte”* (Rom 5,12).

Pese a lo sucedido, Dios no condenó a la muerte a toda la humanidad por la desobediencia de un solo hombre. Nuestro Padre ama la justicia y nos demostró que ama infinitamente al enviar a la Tierra a su Hijo Jesús, *“dio a su hijo único”*, el que tenía como misión mostrarnos al Padre, enseñarnos el camino que conduce al Reino y morir por nosotros. ¿Y por qué tuvo que morir Jesús por nosotros?, pues bueno, el primer hombre, Adán, se reveló contra la autoridad de Dios y eso condujo a sus descendientes a la muerte y el único que podía pagar por ese pecado, era Jesús. Adán perdió su vida perfecta y quien podía sacrificar su vida perfecta para devolver a los seres humanos fieles



La creación de Adán (detalle). Miguel Ángel.
1511. Capilla Sixtina

y obedientes la esperanza de vivir para siempre, era Jesús, quien nació sin pecado y era perfecto. De esa forma Jesús vino a la tierra a liberarnos del yugo del pecado y de la muerte.

San Juan continúa diciendo: *“para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna”*. Ésta es una condición para alcanzar la vida eterna, el creer en Jesús, vale decir apoyarse en Él, tener fe en Él y esforzarnos por vivir y obrar de la forma en cómo nos enseñó, pues *“la fe sin obras está muerta”* (Sant 2,26). Nuestra prioridad como creyentes, es llevar a la práctica lo que Jesús nos enseñó haciendo de nosotros hombres y mujeres de bien, reflejados en nuestros valores y la forma en cómo vivimos y actuamos.

Quienes demuestren fe en el sacrificio de Jesús y sigan sus mandatos no morirán y gozarán de la vida eterna, esta es la promesa de Dios y lo sabemos porque Jesús mismo se lo dijo a sus discípulos expresándoles que les iba a preparar un lugar en el cielo para gobernar junto a su padre: *“En la casa de mi Padre hay lugar para todos”* Jn 14,2.

¿Por qué Jesús le dice a Nicodemo que: *“Dios no envió su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de Él”*? Lo dijo porque Dios ama tanto al mundo que quiso darle una oportunidad de salvación en lugar de traer juicio a las naciones. Ese era el objetivo de Jesús llevándolo finalmente a cabo. Quiso aclarar a Nicodemo esta afirmación puesto que, en esa época, los judíos habían interpretado que, a la llegada del Mesías, éste juzgaría a las naciones para luego establecer el reino mesiánico, no sin antes se manifestara la ira de Dios. La visión de un Mesías que venía a sacrificar su vida por el mundo era algo incomprensible para ellos.

Jesús vino a ofrecer la salvación a todos, no obstante, es claro en afirmar que es necesario creer en Él para no ser condenado: *“El que cree en Él no será condenado”*. Y

“Por el contrario, el que no cree en Él, ya está condenado por no haber creído en el Hijo único de Dios”. La salvación es ofrecida a todos, lo que no significa que ésta se aplique a todo el mundo. Existe una diferencia entre una condición y la otra y es que solo aquél que deposite su fe en Jesús tiene el acceso a la salvación y ser hijo/a de Dios. Por ello la importancia, además de tener fe, radica en reconocer nuestros pecados y faltas, pedir perdón y comenzar desde este momento a cumplir con Su Voluntad en nuestra vida.



“La fiesta de hoy nos invita a dejarnos fascinar una vez más por la belleza de Dios; belleza, bondad e inagotable verdad. Pero también belleza, bondad y verdad humilde, cercana, que se hizo carne para entrar en nuestra vida, en nuestra historia, en mi historia, en la historia de cada uno de nosotros, para que cada hombre y mujer puedan encontrarla y obtener la vida eterna. Y esto es la fe: acoger a Dios-Amor, acoger a este Dios-Amor que se entrega en Cristo, que hace que nos movamos en el Espíritu Santo; dejarnos encontrar por Él y confiar en Él. Esta es la vida cristiana. Amar, encontrar a Dios, buscar a Dios; y Él nos busca primero, Él nos encuentra primero” (Papa Francisco, Ángelus del 7 de junio de 2020).

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿De qué forma siento que Dios me ama?
- ¿Mi fe está bien orientada?
- ¿Estoy seguro/a de que he puesto mi fe en Jesús?
- ¿Mi fe en Jesús está respaldada con el ejercicio de mis obras?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

*Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único,
para que todo el que crea en Él no perezca,
sino que tenga vida eterna.*

Juan 3. 16

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 11 de junio de 2023. Corpus Christi

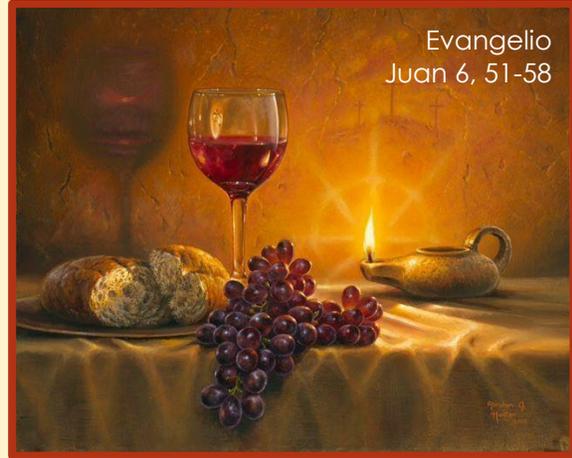
Santo Evangelio según San Juan 6, 51-58

Dijo Jesús: *“Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que come de este pan, vivirá para siempre. Y el pan que daré es mi carne. Yo la doy para la vida del mundo.”*

Esto provocó una fuerte discusión entre los judíos, los cuales se preguntaban: *“¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?”*

Jesús les dijo: *“Yo les aseguro que, si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendrán vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él. Como el Padre que me envió posee la vida y yo vivo por Él, así también el que me coma vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo; no como el pan que comieron sus antepasados. Ellos murieron; pero el que coma de este pan, vivirá para siempre.”*

El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él. Como el Padre que me envió posee la vida y yo vivo por Él, así también el que me coma vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo; no como el pan que comieron sus antepasados. Ellos murieron; pero el que coma de este pan, vivirá para siempre.”



Una reflexión para la vida de familia

A través de la historia, en toda cultura y en la Sagrada Escritura, el pan es el símbolo que representa el alimento básico que necesita todo hombre para vivir. De este modo Jesús utiliza esta imagen de la necesidad del subsistir biológico del que todos necesitamos comer, alimentarnos para que nuestro cuerpo se desarrolle con normalidad, para extenderla más allá indicándonos que de igual forma todo hombre necesita de Él para crecer y vivir como ser humano, que ama y es amado, que conoce y es conocido, que se interrelaciona con todo lo que le rodea, que es llamado a ser cocreador. De esta forma Jesús revela al Padre y se revela a sí mismo para que logremos la salvación, es *“el Hombre perfecto, aquel que revela plenamente el hombre al propio hombre, llevándole a su plenitud”* (Gaudium et spes 22) mostrándole el camino a seguir.

Jesús en este Evangelio, plantea una enseñanza difícil de asimilar indicando que, para conseguir la vida eterna, es necesario alimentarse de su carne. Ante esta afirmación la gente empieza a discutir y a preguntar: *“¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?”* Si nos ponemos en el lugar de los judíos de la época, tal vez pensaban que Jesús los estaba invitando al canibalismo, naciendo así en muchos de ellos, la crítica, el escándalo, el rechazo, que aumentaba a medida que nuestro Señor hablaba.

Estas palabras de Jesús, claras, pero difíciles de percibir, solo podían ser comprendidas y acogidas en un ambiente de fe, pues lo que verdaderamente anuncia es que se nos da como alimento, apuntando claramente al misterio de la Eucaristía, el gran regalo de Dios para la humanidad.

Se anticipa a la cena pascual (Jueves Santo), cuando en una íntima y solemne reunión con sus apóstoles instituye la Eucaristía: *"Tomen y coman, esto es mi Cuerpo, que se entrega por ustedes. Tomen y beban todos de este cáliz, porque esta es mi Sangre, la Sangre de la alianza, que se derrama por ustedes y por todos los hombres, para el perdón de los pecados"*. En ese momento se cumple



la promesa y los invita a repetir este mismo gesto después de su partida: *"Hagan esto en conmemoración mía"*. De esta forma, Jesucristo Sacerdote, sirviéndose de las palabras de la Consagración pronunciadas por el sacerdote, convierte el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre, en un proceso llamado transubstanciación. *"Por la consagración se realiza la*

transubstanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Bajo las especies consagradas del pan y del vino, Cristo mismo, vivo y glorioso, está presente de manera verdadera, real y substancial, con su Cuerpo, su Sangre, su alma y su divinidad" (Catecismo de la Iglesia Católica, 1413).

Cuando el sacerdote pronuncia en cada Misa estas palabras de Jesús, está perpetuando su sacramento. Se trata de un memorial que revive y actualiza, por nuestra salvación, el misterio de la Eucaristía, renovándose la Pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, quien se inmola en cada Misa por la redención de nuestros pecados, teniendo un valor redentor infinito que solo con la fe podemos apreciar.

"Esta fe nuestra en la presencia real de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, en el pan y en el vino consagrados, es auténtica si nos comprometemos a caminar detrás de Él y con Él. Adorar y caminar: un pueblo que adora es un pueblo que camina. Caminar con Él y detrás de Él, tratando de poner en práctica su mandamiento, el que dio a los discípulos precisamente en la última Cena: "Como yo os he amado, amaos también unos a otros". El pueblo que adora a Dios en la Eucaristía es el pueblo que camina en la caridad. Adorar a Dios en la Eucaristía, caminar con Dios en la caridad fraterna" (Homilía de S.S. Francisco, 14 de junio de 2014).

Jesús, además de alimento, es nuestra mejor compañía y cumple por encima de toda medida la promesa que nos hizo: *"Y sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el final de los tiempos"* (Mt 28,20). Compartamos con Él nuestras alegrías y también nuestras tristezas y amarguras. Como un buen amigo, siempre estará a nuestro lado,

dispuesto a escucharnos o a llevarnos en sus brazos cuando cansados y sin fuerzas no podamos avanzar.

El Señor, en la Eucaristía, nos dejó un modo más íntimo de acompañarnos. Él está en todas partes, sin embargo, su delicado y diáfano amor lo llevó a quedarse cerca de nosotros de modo especial en la Eucaristía. Su presencia, su compañía supera la de un cuidador o la de un amigo que está cerca de su creatura, es alguien que entra en nuestra alma transformándola, porque nos acompaña desde lo más íntimo de nuestro corazón, penetrando en cada célula, renovando nuestra fe y permitido que su fuerza transformadora haga de nosotros hombres y mujeres nuevos que se conducen, dentro de su perfectibilidad por el camino, a veces hostil que nos conduce al Reino, lugar donde reinará el amor eternamente y donde viviremos como una gran familia, como hermanos, hijos de un mismo Padre gozando para siempre del banquete celestial.



Mientras tanto, practiquemos con esmero el mandamiento del amor que Jesús nos enseñó poco antes de entregarse. Seamos humildes, sencillos y acerquémonos con corazón de niños a recibir el alimento de la Eucaristía, un maravilloso regalo que Dios nos ha dado para permanecer a nuestro lado y acompañarnos en nuestro tránsito por la vida terrena, que no es otra cosa que un camino que conduce al cielo. "Alégrense y regocíjense, porque será grande su recompensa en los cielos" (Mt 5, 12).

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

¿Vivo el misterio de la Eucaristía con fe y amor?

¿Vivo la Santa Misa y la Comuni3n como si fuera la primera y la última de mi vida? ¿Qué siento, cómo lo siento?

¿Reflexiono que es el mismo Jesús a quién recibo cuando recibo la Eucaristía?

¿Acudo con frecuencia al Santísimo para amar, adorar, agradecer y pedirle por las necesidades de todos los hombres?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y los acompañe siempre!**

El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él.

Juan 6. 56

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 18 de junio de 2023

Santo Evangelio según San Mateo 9, 35-38. 10,1-8

Jesús recorría todos los pueblos y aldeas, enseñando en las sinagogas judías, anunciando la buena noticia del reino y sanando todas las enfermedades y dolencias.

Al ver a la gente, sintió compasión de ellos, porque estaban cansados y desorientados como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos: *“La cosecha es abundante pero los obreros son pocos. Rueguen por lo tanto al dueño de la cosecha que envíe obreros a recogerla”*. Jesús llamó a sus doce discípulos y les dio poder para expulsar espíritus impuros y curar toda clase de enfermedades y dolencias.

Los nombres de los doce apóstoles son: primero Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; luego Santiago y su hermano Juan, hijos de Zebedeo; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo, el recaudador de impuestos; Santiago, el hijo de Alfeo, y Tadeo; Simón el cananeo, y Judas Iscariote, el que lo entregó. A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones: *“No transiten por regiones de paganos ni entren en pueblos de Samaria. Vayan más bien en busca de las ovejas perdidas del pueblo de Israel. Vayan y proclamen que está llegando el Reino de los cielos. Sanen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien a los leprosos, expulsen a los demonios; gratis los han recibido, entréguenlo también gratis”*.

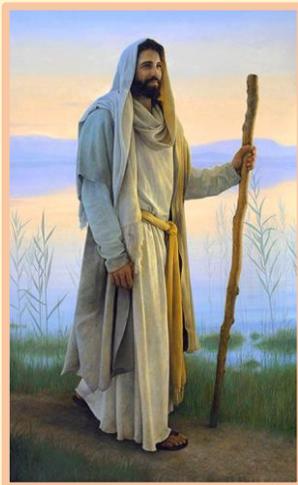


Una reflexión para la vida de familia

El texto de este evangelio dice que *“Jesús recorría todos los pueblos y aldeas enseñando en las sinagogas judías, anunciando la buena noticia del reino y sanando todas las enfermedades y dolencias”*. Jesús llevaba predicando intensamente unos dos años, recorrió toda Galilea enseñando en las sinagogas, predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. No esperó a que las personas se acercaran o vinieran a Él, aunque vemos que las necesidades propias de mucha gente propició esta realidad, pero no fue el deseo ni la norma de su Ministerio en la tierra. Es así como le seguían grandes muchedumbres, y mucha gente, escuchando lo que hacía, acudía a Él. Jesús estuvo donde la gente estaba. Comenzó su ministerio por zonas olvidadas y despreciadas de Israel. Considerando especialmente las masas marginadas, pobres, excluidas de la sociedad.

En este momento Jesús estaba ministrando solo, aunque tenía discípulos que viajaban con Él, éstos estaban observando y aprendiendo mientras predicaba *“anunciando la buena noticia”* en la sinagoga y fuera de ella y *“sanando todas las enfermedades y dolencias”*, con razón las multitudes se le acercaban.

En las Sagradas Escrituras, la enfermedad es considerada desde una mirada religiosa y no médica. Se consideraba que eran el producto de los pecados de la persona portadora de la enfermedad o de sus ancestros o bien por la acción de demonios que poseían a las personas. La enfermedad es tomada también como una prueba que Dios les pone a los hombres, al justo, como en el caso del santo Job. Jesús, sin embargo, da un sentido especial a la enfermedad, tal sucedió cuando le presentaron un ciego de nacimiento y los discípulos le preguntaron si el pecado era del enfermo o de sus padres, a lo que respondió: Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios (Jn 9-3; 11, 4).



Mientras viaja, Jesús *“Al ver a la gente, sintió compasión de ellos, porque estaban cansados y desorientados como ovejas sin pastor”*. Se compadeció de las multitudes, se da cuenta de que muchas personas necesitan ayuda espiritual y consuelo, pues son como ovejas maltratadas y abandonadas viendo, por consiguiente, la necesidad que éstas tenían de un pastor que las guiara y protegiera. Ante esto, Jesús siente compasión por ellas, un sentimiento profundamente humano, de una ternura similar a la que un padre o madre puede sentir por un hijo sufriente. El fruto inmediato de esa compasión le interpela a la elección de sus apóstoles. *“La cosecha es abundante pero los obreros son pocos. Rueguen por lo tanto al dueño de la cosecha que envíe obreros a recogerla”*. Queriendo decir con ello que el trabajo es

mucho y pocos los obreros. Y a continuación aparecen los nombres de los elegidos: los doce Apóstoles, y los envía, haciéndolos partícipes de su propia misión.

En el evangelio de este día, todos somos llamados a esta misión, *“estos versículos reflejan una gran necesidad que hasta el día de hoy continúa permaneciendo: la necesidad de obreros calificados para la obra de Dios. Esta invitación de Jesús se extiende hasta nuestros días, para llegar a muchos hermanos y hermanas oprimidos por precarias condiciones de vida, por situaciones existenciales difíciles y a veces privados de válidos puntos de referencia”* (Papa Francisco, homilía 13 de julio de 2014). Así también, *“Siempre debemos orar al “dueño de la mies”, que es Dios Padre, para que envíe obreros a trabajar en su campo, que es el mundo. Y cada uno de nosotros lo debe hacer con un corazón abierto, con una actitud misionera; nuestra oración no debe limitarse solo a nuestras peticiones, a nuestras necesidades: una oración es verdaderamente cristiana si también tiene una dimensión universal* (Papa Francisco, Ángelus 7 de julio de 2019)

No tengamos miedo de decir sí a la misión que Jesús encomendó a sus primeros discípulos y a nosotros como discípulos de estos tiempos: *“No transiten por regiones de paganos ni entren en pueblos de Samaria. Vayan más bien en busca de las ovejas perdidas del pueblo de Israel. Vayan y proclamen que está llegando el Reino de los cielos. Sanen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien a los leprosos, expulsen a los demonios; gratis los han recibido, entréguelo también gratis”*.

¿Qué decisión tomaremos ante este desafío? Nuestro Señor les dijo a sus discípulos lo que tenían que hacer: “Rueguen por lo tanto al dueño de la cosecha que envíe obreros a recogerla”. El surgimiento de nuevos obreros requiere oración y cada oración nacerá motivada por la inspiración según el servicio que vayamos a prestar. Jesús les decía a sus discípulos que era necesario rogar, clamar con lágrimas y gran fervor a Dios el milagro que levante obreros comprometidos, dispuestos a pagar el precio del servicio y que sepan guiar a su pueblo por el camino de santidad. Esto debe ser una prioridad en nuestra vida, ya que hasta el momento sigue siendo una realidad en nuestro tiempo: *“la cosecha es abundante pero los obreros son pocos”*.



Luego Jesús agrega que con el poder que les da, curarán a los enfermos y hasta resucitarán a los muertos, algo que deberán hacer sin cobrar nada, *“gratis los han recibido, entréguenlo también gratis”*. Pero, entonces, ¿cómo conseguirán cubrir sus necesidades, como la de comer cada día?

Jesús les dice que no hace falta que preparen nada para el viaje. Los discípulos encontrarán personas que valorarán su mensaje y los ayudarán a cubrir sus necesidades básicas. Jesús les dice: *“Cuando entren en una casa, quédense en ella hasta que se vayan de aquel lugar”* (Marcos 6:10). Hoy el mensaje sigue siendo el mismo, debemos estar seguros de que Dios nos proveerá de todo lo necesario para que cumplamos nuestra Misión.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Seguimos el ejemplo de Jesús proclamado el Reino y trabajando por ello?
- ¿Has sentido compasión por alguien? ¿Quién? ¿Cuándo? ¿Cómo actuaste?
- ¿Oras por los obreros?
- ¿De qué forma eres consciente de que los campos están listos para la cosecha?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y los acompañe siempre!**

La cosecha es abundante pero los obreros son pocos. Rueguen por lo tanto al dueño de la cosecha que envíe obreros a recogerla.

Mateo 9. 37-38

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 25 de junio de 2023

Santo Evangelio según San Mateo 10,26-33

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: *“Así pues, no les tengan miedo; porque no hay nada oculto que no vaya a manifestarse, nada secreto que no vaya a saberse. Lo que yo les digo en la oscuridad díganlo a plena luz; lo que escuchen al oído, proclámenlo desde las azoteas.*

No tengan miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden quitar la vida; teman más bien al que puede destruir al hombre entero en el fuego que no se apaga.

¿No se vende un par de pájaros por muy poco dinero? Y sin embargo ni uno solo cae en tierra sin que lo permita Padre. En cuanto a ustedes, hasta los cabellos de su cabeza están contados. No teman; pues ustedes valen más que todos los pájaros.

Si alguno está de mi parte ante los hombres, también yo estaré de su parte en presencia de mi Padre que está en los cielos.; pero a quien me niegue ante los hombres, yo también lo negaré en presencia de mi Padre que está en los cielos”.



Una reflexión para la vida de familia

Jesús, después de haberles explicado a sus discípulos las persecuciones de las cuales iban a ser objeto y de los peligros y penurias que iban a pasar, comienza a hablarles con palabras alentadoras que los impulsa a no temer a nada de lo que se vendrá. Bien sabemos que, a lo largo de la historia del cristianismo hasta el día de hoy, se ha producido persecución y han sido muchos los mártires, sin embargo y pese a esta realidad, nuestro Señor nos exhorta a no temer.

Desde que surgió nuestra Iglesia hasta nuestros días sus detractores y enemigos han tratado de silenciar el mensaje del evangelio, pues es ofensivo para ellos y buscarán por todos los medios que no se predique. Estos primeros versículos: *“Así pues, no les tengan miedo; porque no hay nada oculto que no vaya a manifestarse, nada secreto que no vaya a saberse”*, nos señalan que la verdad debe ser un himno para todo cristiano y la primera razón para no temer.

La verdad jamás podrá ser silenciada porque su voz vence las tinieblas del silencio, del olvido, del escondite y de los intentos de sus enemigos por callarla. Estos versículos nos motivan a su vez a proclamarla con esmero y no solo eso, el hombre tiene el *“derecho de buscar libremente la verdad, él deber de buscarla cada día con mayor profundidad y amplitud”* (Papa Juan XXIII, *Pacem in Terris*, 29)

Hoy, más que nunca, se necesitan hombres y mujeres de fe, valientes que, alentados por descubrir, desvelar la verdad, desenmascaren con respeto y sobre todo por amor, la verdad del Evangelio y sepan defender lo que Jesús nos vino a enseñar para proclamarlo con fuerza y sin pudor: *“Lo que yo les digo en la oscuridad díganlo a plena luz; lo que escuchen al oído, proclámenlo desde las azoteas”*.

Sabemos que corremos riesgos, pues la verdad del evangelio no siempre es bienvenida y puede traernos conflictos con sus detractores, y por qué no decirlo, también puede traer conflictos con familiares, amigos y cercanos. No obstante, la verdad evangélica debe ser transmitida con firmeza y convicción, pero también con humildad, amor, sencillez, misericordia, argumento, con nuestro propio ejemplo, para que quien la reciba, sienta que ha recibido un bálsamo para su vida y no una condena o exclusión.

Si bien es cierto que existen personas que pueden provocar grandes daños e incluso la



muerte, como lo vemos en el recorrido de la historia del cristianismo hasta nuestros días, el alma, nadie, ni el mismo demonio, la pueden tocar y menos matar: *No tengan miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden quitar la vida. A quienes sirvan al Señor les espera una recompensa eterna, que no se puede comparar con ninguna recompensa terrena. A quienes sí debemos temer es a aquello y aquellos que pueden destruir nuestra alma: “teman más bien al que puede destruir al hombre entero en el fuego que no se apaga”*. No permitamos que eso ocurra, alimentémonos de La Palabra y obremos según Jesús

nos ha indicado, *la recompensa es la vida eterna*.

En los tiempos de Jesús, el precio de las codornices era muy bajo, no valían mucho, sin embargo, pese a su escaso valor comercial, nuestro padre celestial tiene especial cuidado con ellas y ninguna cae a la tierra sin que Él lo permita: *¿No se vende un par de pájaros por muy poco dinero? Y sin embargo ni uno solo cae en tierra sin que lo permita Padre*. Así también, nuestra vida está bajo el control de Dios, y nada nos sucederá sin su voluntad. Nos conoce a tal extremo que hasta nuestros cabellos los tiene contados: *“En cuanto a ustedes, hasta los cabellos de su cabeza están contados”* y ninguno de nosotros morirá sin que antes pase por la voluntad de Dios, por eso nos dice: *“No teman; pues ustedes valen más que todos los pájaros”*. Y esa ha de ser nuestra certeza. No solo valemos más que los pájaros, somos amados infinitamente desde siempre y hasta la eternidad.

Finalmente, Jesús promete a quienes guardan fidelidad hacia Él una recompensa: *“Si alguno está de mi parte ante los hombres, también yo estaré de su parte en presencia de mi Padre que está en los cielos”*. Sabemos que las tentaciones del mundo son atractivas y a

veces nos sentimos confundidos, sabemos también, que aun en nuestros días existe la persecución hacia los cristianos y católicos, esto sucedió en los tiempos de Jesús y ha continuado hasta nuestros días. Muchos tuvieron y tendrán que morir, sin embargo, el sacrificio de cada uno de ellos no será en vano, Jesús en presencia de su Padre, estará también junto a ellos, mas no junto a aquellos que lo negaron delante de los hombres: “pero a quien me niegue ante los hombres, yo también lo negaré en presencia de mi Padre que está en los cielos”. Esta promesa, pese a los riegos que corremos, nos infunde confianza para la Misión.



Finalizamos con las alentadoras palabras del Papa Francisco, pronunciadas en el Ángelus del 25 de junio de 2027: “En todo esto el Señor nos sigue diciendo, como dijo a los discípulos de su tiempo: “¡No tengáis miedo!”. No olvidemos esta palabra: siempre, cuando tengamos alguna tribulación, alguna persecución, algo que nos haga sufrir, escuchemos la voz de Jesús en nuestro corazón: “¡No tengáis miedo! No tengas miedo, ¡adelante! ¡Estoy con usted!”. No tengáis miedo de los que se burlan de vosotros y os maltratan, y no tengáis miedo de los que os ignoran u os honran “de frente” pero combaten el Evangelio “detrás”. Son muchos los que nos sonrían de frente, pero por la espalda combaten el Evangelio. Todos los conocemos. Jesús no nos deja solos porque somos preciosos para Él. Por eso no nos deja solos: cada uno de nosotros es precioso para Jesús, y él nos acompaña.”

“¡No tengáis miedo!”... Cada uno de nosotros es precioso para Jesús, y él nos acompaña.”

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Es la verdad del Evangelio mi fuente de inspiración para vivir la vida?
- ¿Me atrevo a proclamar la verdad del Evangelio?
- ¿Qué me da fuerzas o qué me atemoriza?
- ¿De qué forma siento que Jesús me acompaña?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Así pues, no les tengan miedo; porque no hay nada oculto que no vaya a manifestarse, nada secreto que no vaya a saberse.

Mateo 10, 26